

## PRÓLOGO

Junio, 68 d.C.

Nerón ha muerto.

Llevaba años completamente loco y era odiado por todos los miembros de la orden senatorial, pero yo debo recordarlo como a un amigo. Me permitió vivir cuando podía haberme matado fácilmente.

Ahora puedo sacar de debajo de las baldosas de mi biblioteca los papeles que llevo seis años escribiendo y, después de arreglar una frase aquí o allá y de pulir un fragmento o dos, enviarlos a las oficinas de copistería para ser publicados. Arriesgué mi vida escribiendo este libro mientras Nerón aún vivía; si él hubiera sabido de su existencia, hoy estaría muerto.

Era el último de la dinastía Julia. Ahora puedo contar la verdad; una verdad que ayer era traición.

¿Quién soy?

Hace ocho años, el nombre de Gayo Suetonio Paulino era conocido por todos los romanos desde el Rhenus al Nilo, desde el Éufrates al Sabrina, como el de uno de los más grandes generales del mundo. Un año después, tras llevar a su ejército a la victoria más famosa de los tiempos modernos, fue destituido del mando y relegado en silencio a la vida privada.

Yo soy aquel hombre.

Nerón nunca me dio una razón; rara vez se molestaba en dar explicaciones. Los rumores y especulaciones abundaron; más tarde, el asunto se olvidó, y el mundo en general sólo vio a un hombre que había llegado a ser famoso, y tal vez demasiado poderoso, privado de su eminencia y descartado. Ese tipo de hombres no suele vivir mucho en nuestros tiempos. Pero Nerón siguió demostrándome su favor y se conformó con hacer que me vigilaran para asegurarse de que mi reacción a la humillación pública no me empujaba a la conspiración.

No soy un héroe; tampoco temo demasiado a la muerte, pero no quería morir. Viví rodeado de espías durante aquellos años, espías que observaban e informaban, siempre escuchando a la espera de una palabra descuidada que pudiera interpretarse como traición, buscando asociaciones con hombres desafectos. Tuve mucho cuidado. Pasaba

casi todo mi tiempo en Roma, pero vivía retirado, asistiendo a las sesiones del Senado sólo cuando era necesario, y votando exactamente como deseaba Nerón. Había que ser muy valiente para actuar de otro modo. Daba algunas fiestas, invitando sólo a personajes ejemplares a ojos de Nerón. Fue una tarea dura para un hombre de mi rango y mi familia. Mis supuestos amigos eran financieros, timadores, proxenetas, prostitutos de ambos sexos, eunucos, libertos y algunos patricios que, como yo, estaban decididos a sobrevivir. Veía a Nerón con frecuencia; siempre se mostraba afable, y en su presencia olvidaba a menudo cuán inestable y peligroso se había vuelto.

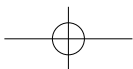
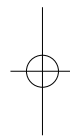
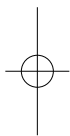
La degradación tuvo su recompensa. Poco después del Incendio, retiró los espías; pero la precaución se había convertido en un hábito, y me esforcé por no alterar mi comportamiento. Al año siguiente, Nerón me dio un Consulado como premio por mi buena conducta y en reconocimiento al hecho de que finalmente había decidido que era inofensivo. Al finalizar mi mandato fui a verle y le pedí permiso para retirarme a mi finca en el campo, afirmando que el peso de mis cincuenta y cuatro años era un obstáculo para desempeñar correctamente un cargo público. Me lo concedió alegremente.

Ahora ya no hay necesidad de ocultar nada. Puedo quedarme aquí sentado en paz, contemplando las verdes colinas al otro lado de mis viñedos y olivares, y hablar con franqueza de aquellos caóticos meses en Britania que coronaron y acabaron con mi carrera como soldado. Gran parte de este libro trata de la guerra o de los preparativos para la guerra. Por encima de todo, soy un soldado, empapado en las costumbres y tradiciones militares durante muchos años, desde mi primera campaña como joven tribuno en las lejanas montañas de Mauritania. A la política, que al final significó mi ruina, le presté menos atención de la que hubiera debido. Durante mi ascenso por la escala senatorial, se dijo de mí que era ambicioso. Cierto; pero mi ambición se limitaba al campo de batalla, a la persecución de la gloria militar. Otros de mi Orden, participantes en la misma carrera, dedicaron sus energías al derecho o a la política, prestando sólo el servicio militar mínimo requerido y buscando, a la postre, la misma recompensa. Querían una provincia, preferiblemente que fuera pacífica. ¿Qué clase de hombre quiere gobernar una provincia *pacífica*?

Ahora puedo explicar lo que realmente ocurrió, y mostrar al mundo cómo el gran Suetonio Paulino, senador, cónsul y gobernador de Britania, descendió hasta convertirse en Suetonio Paulino, senador, dos veces cónsul, lacayo de un César decadente y compañero de sus obscenas amistades; y todavía peor, en Suetonio Paulino, un soldado

viejo y acabado escribiendo memorias de campañas antiguas y confusas.

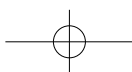
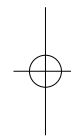
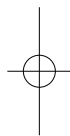
Aquí está, pues; la historia de un fracaso contada con sencillez, sin ornamentos ni trucos retóricos. Tened la amabilidad de intentar comprender mis dificultades y juzgarme con benevolencia.

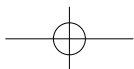
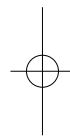
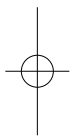


# LIBRO PRIMERO

## LA SIEMBRA

Octubre, 59 d.C. — Febrero, 61 d.C.





## CAPÍTULO 1

*«Asumid los honores que en justicia corresponden a vuestro mérito.»*

HORACIO

1

No estaba en Roma cuando el Senado recibió la noticia de que Veranio Nepos, gobernador de Britania, había muerto. Los habituales rumores de desastre siguieron al anuncio, hasta que un comunicado urgente de Palacio reveló que había muerto en su cama, en Londinium, de una congestión pulmonar y no, como se había supuesto, bajo los carros de guerra de un ejército siluro victorioso.

Poco después, un mensajero se presentó en mi cuartel general de la Germania inferior, donde acababa de asumir el mando, para llamarme con urgencia a Roma. Era natural que una llamada inmediata de aquel estilo, incluso en los primeros días del gobierno de Nerón, causara cierta inquietud en el destinatario. Mi conciencia estaba limpia; mis relaciones con el Príncipe eran excelentes y mis especulaciones no fueron demasiado pesimistas durante el viaje de regreso. En Roma me enteré, por unos amigos, de la muerte de Veranio, e hice ciertas deducciones furtivas y excitantes con respecto a mi futuro. Me apresuré a pedir audiencia en el Palacio; el Palacio antiguo, no la Casa Dorada.

El Príncipe me recibió. Estaba sentado a la cabecera de una larga mesa de mármol, con Sexto Afranio Burro, prefecto del Pretorio a su derecha, Lucio Anneo Séneca a su izquierda, y Claudio de Esmirna, responsable de Finanzas, en pie junto a él. Su silla estaba rodeada de tribunos de la Guardia; había un soldado en cada puerta, y varios escribanos, cargados de pergaminos, llenaban el fondo de la estancia. Aquellas personas eran, a todos los efectos, el gobierno de Roma y sus dominios; los senadores no éramos más que los portavoces de las decisiones tomadas en aquel Consejo, no oficial pero todopoderoso.

Nerón me saludó con todo el encanto de la dinastía Julia, me hizo algunas preguntas sobre la Germania Inferior y hasta se disculpó por la urgencia de la llamada. Entonces me señaló una silla y fue al grano.

—Sin duda habrás oído que Veranio ha muerto en Britania —dijo.

—Sí, César —contesté—. Lo lamento. Era un buen oficial y un buen servidor de Roma. Lo conocí cuando era gobernador de Licia.

15

—Un buen hombre. Pero un soldado más teórico que práctico. Un gran escritor sobre temas militares. No consiguió gran cosa en Britania, aunque sus intenciones eran bastante ambiciosas. Acabamos de ver su testamento; ha llegado en la última remesa de despachos.

Esperé. Aquello no significaba nada para mí. Nerón se tiró pensativamente del labio inferior.

—Veranio pensaba que podría conquistar Britania, toda Britania, en dos años. Se pasó el único año de su mandato luchando contra los... ¿cómo se llaman? Los siluros, igual que Galo y Escápula antes que él, y con el mismo resultado. Nunca llegó a ninguna parte.

—¿Cuáles eran sus instrucciones, César? —pregunté en voz baja.

—Sus instrucciones eran someter Britania hasta el norte, donde habita la tribu de los... —Frunció el ceño. Hizo una pausa, tartamudeó y Burro murmuró una palabra—. ¡Esos nombres bárbaros! Los brigantes. Llegar hasta el país de los brigantes por el norte y hasta el mar por el oeste. Era todo lo que pedía. Y todavía lo pido.

Los ojos saltones y azules de Nerón me miraron a la cara sin afecto, buscando, a través de la carne y el hueso, la calidad del hombre que había debajo. Permanecí muy quieto. En sus años buenos, fue un gran gobernante.

—¿Sabes algo de Britania? —espetó.

—Nada, César, aparte de lo que puede saber cualquier hombre educado de Roma.

—Bien. Entonces Burro y Claudio pueden informarte sobre el desorden y los desastres que están ocurriendo en aquella provincia. Necesitarás saberlo, porque voy a enviarte allí como gobernador para que arregles las cosas.

Me levanté, me cuadré y le agradecí formalmente el honor. Nerón sonrió.

—Espero que todavía me lo agradezcas cuando sepas a qué te enfrentarás. Escucha con atención. Burro, que salga todo el mundo. Esto es confidencial.

Los funcionarios desaparecieron de la habitación sin más demora. Los guardias se quedaron. El Príncipe me mostró un documento.

—Esto —dijo—, es el último informe financiero de Britania. Ahora no entraremos en detalles; Claudio puede tratarlos contigo en otro momento. Los totales son lo más importante. Mira.

Me pasó el papiro. Estudié las columnas, bastante desconcertado. Claudio acudió a mi lado y pasó un dedo delgado por una hilera de cifras.

—Durante el último año —dijo Nerón—, los costes de adminis-



tración, fuerzas de ocupación, armada, préstamos y todo lo demás excedieron la producción de la provincia en mil millones de sestercios. ¡Mil millones! El año anterior fueron quinientos millones, y lo mismo el anterior.

Golpeó el mármol con el puño.

—Esto no puede seguir así. Esa provincia está desangrando a Roma. Tenemos otras provincias caras; pero ninguna cuesta tanto como Britania. —Se inclinó, con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas frente a él—. Tenía la intención de retirar a nuestro ejército y a nuestros funcionarios del país, de abandonarlo por completo. Séneca me disuadió.

Se volvió hacia su antiguo tutor y sonrió algo maliciosamente.

—Seguí su consejo, aunque creo que tiene ciertas razones especiales para dármelo, y envié a Veranio con sus órdenes. Ésta iba a ser la última oportunidad de Britania; si Veranio fracasaba, evacuaríamos.

Nerón hizo una pausa y frunció el ceño frente a sus manos entrelazadas.

—Veranio hizo muy poco durante el escaso tiempo que tuvo; pero sabía distinguir las situaciones militares y no era un estúpido. Pensaba que podría conquistar Britania en dos años. Yo creo que puede hacerse. —Me miró—. Creo que tú puedes hacerlo.

Incliné la cabeza.

—Si tú lo crees posible, lo haré, César.

—Una promesa precipitada, Paulino —dijo Nerón—. Tú mismo has dicho que sabías muy poco sobre Britania. Escucha. El país es rico en minerales: hierro, cobre, plomo y estaño. También hay oro. Recibimos una parte de esos metales, pero no la suficiente. ¿Por qué? Porque llevamos dieciséis años en Britania y todavía no hemos conquistado ni la mitad del país. ¡Dieciséis años, y el divino Julio sometió a toda la Galia en ocho! Las minas más ricas continúan fuera de nuestra zona de ocupación. No hemos hecho ningún esfuerzo serio por expandir la conquista desde la muerte del gobernador Escápula hace siete años. Durante siete años no ha habido operaciones a gran escala, nada más que escaramuzas fronterizas. En consecuencia, hemos capturado pocos prisioneros, y la mano de obra, incluso para las minas que operamos, resulta ahora insuficiente. De modo que los ingresos caen constantemente.

Nerón empujó su silla hacia atrás y se puso en pie. Todos nos levantamos con él.

—Voy a enviarte a Britania, Paulino —dijo claramente—, para hacer la guerra. He examinado la situación actual, todos los informes

de la provincia, y he decidido qué operaciones debes emprender. No las encontrarás demasiado difíciles. Burro y Claudio te harán llegar las directrices y toda la información que necesites. —Hizo una pausa, como si meditara, y continuó con una voz no exenta de amenaza—: Si tienes éxito, tu reputación no tendrá rival en mis ejércitos. Si fracasas, habrás perdido una provincia.

## 2

El mes siguiente fue muy turbulento. Recuperé todo el mobiliario, equipaje personal y sirvientes enviados a la Germania Inferior cuando esperaba residir en aquella provincia durante tres años, y los arreglé y aumenté de acuerdo con el esplendor que corresponde a un gobernador de Britania. Tuve que organizar una caravana considerable de carros, carretas y animales de tiro para el transporte por la larga ruta a través de Italia y Narbona hasta la costa belga. Como estábamos en octubre, había decidido no viajar por mar hasta Massilia. Los despachos partieron hacia los puestos militares a lo largo de la calzada, de modo que pudiera prepararse la escolta necesaria para cada etapa del viaje. Mi familia se quedaría en Roma; las instrucciones de Nerón, junto a lo que había oído sobre el clima y las condiciones de Britania, predecían que sería mejor que mi vida allí estuviera libre de ataduras domésticas.

Pocos días después de mi entrevista, el Senado celebró una sesión y, por segunda vez en seis meses, me entregó el gobierno de una provincia junto con el pergamino dorado que era el símbolo de mi cargo. La ceremonia revistió toda la pompa y solemnidad propias de una época anterior, cuando los procónsules de Roma eran realmente escogidos por los Padres en Consejo, y sólo respondían ante ellos. El resultado práctico de la ceremonia oficial fue un diluvio de peticiones de puestos en mi personal para los parientes y amigos de los senadores. Casi todos los candidatos eran tribunos de medio año: jóvenes que abarrotarían mis oficinas civiles y las tiendas de mi cuartel general durante seis meses, sin aprender nada y trabajando lo mínimo, antes de irse a algún otro lugar a proseguir con sus carreras. Podía haber conseguido toda una cohorte si hubiera aceptado a todo el mundo. Sin embargo, servían para desempeñar ciertas funciones administrativas menores pero necesarias, y su servicio sería breve, de modo que elegí a una docena de los mejores tras entrevistar personalmente a cada uno de ellos y revisar con detalle sus hojas de servicios y credenciales. También había un tribuno «de galón ancho», que iba a cumplir su año de servicio con la Novena Legión, y tres hombres «de galón

estrecho» a punto de empezar sus carreras militares como prefectos de cohortes auxiliares.

Pude ahorrarme el coste de una compañía de gladiadores, actores y bailarines para entretenimiento de los habitantes de mi provincia. Nerón había promulgado un edicto, sólo dos años atrás, que prohibía a los gobernadores organizar espectáculos de gladiadores, bestias salvajes o similares en sus provincias, teóricamente para evitar el despilfarro. En realidad, Nerón era muy apreciado en aquel momento, tanto en Roma como en las provincias y, para ser justos, creo que no fueron los celos lo que provocaron aquel edicto sino una genuina preocupación por el bienestar de sus súbditos. Los espectáculos caros podían ser una especie de soborno para evitar que un gobernador fuera acusado ante el César de mala administración o prácticas corruptas.

Entre aquel ajetreo, encontré tiempo para estudiar casi todos los libros escritos sobre Britania, desde Piteas, Diodoro Sículo y Estrabón, hasta los despachos del divino Julio y la crónica del divino Claudio sobre su breve visita. Además, investigué en los archivos del Senado y leí los despachos de los sucesivos gobernadores. Naturalmente, eran poco más que crónicas que contenían información de interés general; todos los asuntos confidenciales se circunscribían a cartas enviadas directamente al Príncipe o su Consejo. A partir de estas fuentes, y de los mapas de la provincia conservados en Palacio, obtuve una imagen bastante detallada de la tierra que, durante mis tres años de mandato, tendría que pasar de ser una carga económica a un cuerno de la abundancia.

Flavio Vespasiano estaba en Roma en aquella época, haciendo preparativos similares a los míos antes de partir para África como prócónsul. Durante una sesión del Senado lo induje a hablar sobre sus experiencias en Britania a lo largo de la Conquista. Todo el mundo conoce su campaña relámpago por el sur de Britania con la Segunda Legión; esperaba conseguir su opinión personal sobre la calidad y los métodos del guerrero britano. No me dijo gran cosa.

—¿Cómo luchan? —gruñó—. Muy bien, para ser salvajes. Más valientes que ninguna otra raza que conozca. Más duros. Buena forma física. Cógelos en campo abierto y no tendrás problemas. No tienen disciplina. No conocen la táctica. Atacan en masa. No saben maniobrar. No llevan armadura. Lánzales las jabalinas y luego ataca. Pero es difícil. No ceden fácilmente.

Traté de comprender todo aquello. El talento militar de Vespasiano, indudablemente brillante, no se corresponde con su facilidad de conversación.

—¿En qué condiciones luchan mejor? —pregunté.

Se rascó el cabello, gris y escaso.

—Hay que cogerlos en campo abierto. Si no, siempre tendrás problemas. Se encierran en fuertes en las colinas. Muy difíciles. Recuerdo un lugar que capturé con la Augusta, Durnovaria, lo llaman ahora. Tremendo fuerte. Tres líneas de fosos. Atacamos todo el día. Muchas víctimas. Lo capturamos por la tarde. El combate más duro de la campaña.

Lo dejé correr. Vespasiano estaba desfasado; las condiciones en Britania habían cambiado desde su época. Sabía que casi todos los fuertes de las colinas en las zonas ocupadas habían sido abandonados; habían perdido su utilidad cuando el país se pacificó y las tribus dejaron de guerrear entre ellas. Los fuertes todavía coronaban las colinas, con sus murallas en ruinas llenando lentamente los fosos y las empalizadas saqueadas en busca de madera y leña. Sus antiguos habitantes, animados por el gobierno provincial, se habían trasladado a vivir a pueblos y ciudades abiertos.

—He oído que vas a Britania —siguió rezongando Vespasiano—. Un país repugnante. Húmedo. Es mejor África. Seco y caliente. Podré hacer algo de dinero.

Aquella última observación era imprudente, por decirlo suavemente. Sabía que Vespasiano tenía problemas económicos; unas inversiones desafortunadas lo habían reducido casi a la penuria y los chismosos de la ciudad afirmaban que Nerón le había dado el puesto en África para ayudarlo en un momento difícil. Pero los buenos tiempos en los que un gobernador podía conseguir una fortuna en su provincia habían terminado. El propio Nerón había endurecido la normativa existente e introducido edictos nuevos que dificultaban la corrupción en el gobierno provincial, aunque no la hacían imposible. Además, se animaba a los habitantes de las provincias a presentar quejas oficiales en Roma ante cualquier caso de corrupción.

—Deberías tener cuidado, Vespasiano. A estos salvajes de las provincias no hay cosa que les guste más que acusar a sus gobernadores ante el Príncipe. ¿Recuerdas a Pedio Bleso, de Cirene, que fue condenado? La semana que viene juzgan a Acilio Estrabón. Eso demuestra que hay que ser precavido. Por lo que a mí respecta, sólo espero acabar mi mandato sin perder dinero.

—Tendrás suerte. —Vespasiano estiró las piernas de modo poco elegante, se subió la toga hasta las rodillas y dirigió una mirada irritada a un anciano senador que estaba soltando un discurso interminable—. ¿Esperas vivir de tu salario?

—Me parece más que suficiente. Además, no es dinero lo que espero conseguir en Britania.

—Eres ambicioso, ¿eh? ¿Tienes miedo de que Corbulo te haga sombra? No te enfades, Paulino; de un hombre vulgar debes esperar comentarios vulgares, y, de todas formas, eso es lo que dice todo el mundo en Roma. —Me apoyó una mano en el hombro—. Escucha, jovencito —nos separaban exactamente cinco años—, tu carrera y la mía hasta el momento han sido muy parecidas. Los dos muy afortunados desde muy pronto. Tú, en Mauritania. Yo, en Britania. Hace dieciséis o diecisiete años. Desde entonces, ninguno ha hecho gran cosa. Falta de oportunidades. Ahora los dos tenemos una ocasión. África para mí. Allí no hay guerras. Puede ser dinero fácil; me hace mucha falta. Britania para ti. Nada de dinero. Muchas batallas. Los dos contentos. Será interesante ver cómo acabamos, ¿eh?

Soltó una risita y un eructo. Lo contemplé con disgusto.

—Prefiero mis propias ambiciones, Vespasiano. Mi consejo es que vivas de tu paga, que sólo aceptes sobornos pequeños y poco frecuentes, y que lleves bien las cuentas.

—¿Y? —Miró al anciano senador, que proseguía con su discurso—. ¿Cuánto tiempo más va a tenernos aquí Trasea? Bien, yo sí voy a darte un consejo útil. Vigila a los britanos de lo que llaman «zonas ocupadas». Controla a tu procurador y sus impuestos. No presiones demasiado a los nativos. Derrótalos en el campo de batalla y te respetarán. Gobiérnalos bien y hasta pueden llegar a apreciarte. Oprímelos, y tratarán de arrancarte las tripas. No estuve mucho tiempo en Britania, pero eso lo aprendí. Bien, el viejo estúpido ha terminado. Me voy. Adiós, Paulino.

En vista del resultado, a los dos nos hubiera ido mejor si hubiéramos seguido el consejo del otro.

### 3

Mis directrices escritas llegaron durante aquellos días. Su sentido general, aunque cubierto con toda la verbosidad y las salvaguardas de costumbre en el estilo de Palacio, concordaba con las sucintas instrucciones de Nerón. Con ellas llegó una carta de Burro solicitándome el favor de una entrevista personal para concretar ciertos puntos de las directrices. El encuentro se celebraría en su casa y no en Palacio, lo que era poco usual; supuse que el Prefecto deseaba confiarme ciertas interpretaciones peculiares y altamente confidenciales.

Fui a verlo aquel mismo día. Cuando nos hubimos sentado, Burro

despidió a todos sus escribas y asistentes.

—Espero que las directrices te hayan dejado claras las líneas generales de nuestra política, Legado. —dijo.

—Bastante claras hasta el momento, Burro —asentí—. Me gustaría tener algo más de información que no está en mis órdenes y que no puede obtenerse en los archivos oficiales del Senado. Por ejemplo, conozco la misión, el número de hombres y la situación de las unidades militares en Britania, pero no sé nada de su condición, su moral o el carácter de sus comandantes. ¿Cuál es el estado de ánimo de la población en las zonas ocupadas? ¿Hasta qué punto puedo confiar en la cooperación o la neutralidad de las tribus amistosas en las fronteras? Puede que tenga que dirimir litigios relativos a los impuestos o las rentas, que no entran en mis atribuciones directas; ¿hay alguna variante local en el sistema general de impuestos provinciales? ¿Cuáles son las funciones del ejército respecto a la recaudación de impuestos? Ésas son algunas preguntas. Tengo otras en mente.

—Son asuntos de detalle —dijo Burro con un toque de impaciencia—. Si haces una lista antes de partir, me ocuparé de que tus preguntas sean respondidas por los respectivos departamentos administrativos.

Empujó su silla hacia atrás, se levantó con aire cansado y recorrió la estancia. Parecía fatigado y más viejo de la edad que tenía.

—¿Qué impresión te ha producido el Príncipe? —preguntó bruscamente.

Miré por encima del hombro con inquietud.

—No tengas miedo, legado. No hay testigos ni espías. Tengo un motivo, un motivo leal, para hacerte esta pregunta.

Vacilé, y hablé con mucho cuidado.

—Es joven, sólo tiene veintidós años. Lleva cinco gobernando. Casi ha conquistado Armenia, y ha mantenido la paz en todas las demás fronteras. Ha reducido los impuestos en las provincias. Al mismo tiempo, ha tratado de frenar las extravagancias en Roma. Ha aumentado la autoridad del Senado. El Estado prospera, está prácticamente en paz, y el Príncipe es popular. En la dirección de los asuntos interiores y exteriores es enérgico y competente.

Miré a Burro a los ojos y continué:

—Por lo que respecta a su vida privada y sus problemas familiares, ni yo ni ningún otro ciudadano deberíamos hablar de ellos a no ser que afecten al bienestar general. Hasta el momento, creo que no ha sido así. Es un buen gobernante, y me siento orgulloso de servirle. ¿Te he respondido?

Burro regresó a su silla y me sirvió vino.

—Sí—dijo. Suspiró pesadamente—. Hablaré con la franqueza que tú no has empleado. Todo lo que has dicho era cierto hace un año. Ahora el Príncipe está perdiendo interés por el gobierno; emplea su tiempo en ocupaciones menos arduas, y Agripina gobierna en su nombre. —Su expresión se endureció—. Séneca y yo estamos tomando medidas para solucionar esa situación.

Se contuvo y me sonrió, algo avergonzado.

—Perdona. Las indiscreciones pueden ser peligrosas, incluso entre viejos amigos. Después de tantos años, todavía hablo con demasiada franqueza para la alta política. En realidad, lo ha dicho el propio Príncipe.

—¿En qué me afecta todo eso?—dije.

La sonrisa de Burro desapareció.

—De este modo. El Príncipe ya no es coherente en sus acciones ni en su política. Hace poco deseaba abandonar Britania; hoy está empeñado en la expansión. El menor contratiempo de nuestro ejército puede volver a hacerle cambiar de opinión, cosa que sería un verdadero problema.

—Hemos perdido otras provincias. Ha habido legiones y legados derrotados. Roma sobrevive—dije.

—Cierto. Lo que tú no sabes, y espero que no lo sepa nadie más que el Príncipe, Séneca, Claudio y yo mismo, es que todo el edificio del Estado se ve amenazado, no por una invasión extranjera o una derrota militar, sino por el colapso financiero. Veo que eso significa poco para ti. Deja que te lo enseñe.

Sacó algunas monedas de su faja y las hizo resonar sobre la mesa.

—Cinco denarios. ¿Cuánto crees que valen?

—Veinte sestercios, supongo.

—Eso suponen todos los ciudadanos. Y todos los salvajes del interior de nuestras fronteras. Todos están equivocados.

Miré a Burro sin comprender. Sacudió la cabeza.

—Este asunto, y otros, te los explicará Claudio. El hecho es que el Estado es insolvente. Debemos conseguir materias primas, oro, plata, cobre y todo eso para restaurar la estabilidad. Britania es rica en metales. Te corresponde a ti conseguir el control de las minas y enviar carretas y carretas de metal a Roma. ¿Empiezas a ver cuántas cosas dependen de tu estrategia en Britania?

Traté de sacudirme una depresión incipiente.

—Por lo menos entiendo las consecuencias del fracaso. Britania será abandonada, como dejó entrever el Príncipe con sus últimas palabras. No llegó a decir que sería mejor que no regresara...

—¿Pensaste que era una amenaza personal? No. El Príncipe todavía no es vengativo fuera de su círculo familiar. Ahora —añadió Burro bruscamente—, ha llegado Claudio y podrá explicarte las cuestiones financieras con más detalle. Los gobernadores no tienen que preocuparse directamente por la producción, pero la posibilidad de acceder a nuevos recursos en Britania tendrá que gobernar tus operaciones militares. Claudio sabe dónde están todas las minas.

Se dirigió a la puerta y llamó a un sirviente. Poco después entró el responsable de Finanzas.

## 4

Claudio de Esmirna me saludó respetuosamente, como un liberto a un senador. El puesto elevado y de gran responsabilidad que ocupaba no le había conferido aquella altanería e insolencia que tan a menudo exhiben los libertos con altos cargos en Palacio. Era un hombre tranquilo, delgado, seguro de sí mismo, digno y obviamente competente. Dos funcionarios, portando documentos y mapas, depositaron los artículos sobre una mesa, los arreglaron rápidamente y fueron despedidos. Claudio miró inquisitivamente a Burro.

—He contado los hechos al legado —dijo Burro—; nada más. Si eres tan amable de explicarle los pasos inmediatos que estamos dando para evitar el colapso financiero, y de mostrarle luego dónde están los recursos minerales sin explotar de Britania, podremos empezar a hablar sobre medios y maneras.

Claudio se volvió hacia mí.

—Noble Paulino, debes estar sorprendido por la revelación del lamentable estado de la estructura de la que soy responsable. La culpa no es del todo mía.

Unió los índices y continuó hablando en su latín con acento griego, preciso y algo anticuado, como un filósofo enseñando en una escuela.

—Ya sabes que un número relativamente pequeño de familias, entre senadores y caballeros, poseen entre todas una gran cantidad de dinero. Como muchas de ellas están exentas de pagar las tasas normales, sólo una parte muy pequeña de esa riqueza regresa al Estado. Se gasta mucho dinero en construcciones, espectáculos, juegos y otros asuntos de naturaleza improductiva. Peor aún, la posesión de riquezas ha provocado una demanda a gran escala de artículos suntuarios. Para un millonario, nada normal y corriente puede considerarse lujoso; para él, cualquier cosa que pueda obtenerse en Italia es común. Por lo tanto, compra en el extranjero mercancías exóticas, y gasta enormes



sumas en decorar su persona, su mesa y sus palacios. Casi todo ello procede del Este; sedas de Asia, especias de la India, incienso y perfumes exóticos de Arabia. En consecuencia, las importaciones romanas procedentes de Oriente son inmensas, y Roma no exporta nada a cambio. No existe el intercambio. Todo lo que compramos ha de pagarse con dinero, en plata, y hay una gran cantidad de plata fluyendo hacia el Este. Esta situación dura desde hace muchos años. Ahora hay escasez de metales preciosos en el Estado, y en consecuencia, su valor ha aumentado.

Removió los documentos extendidos ante él sobre la mesa.

—Aquí tengo algunas cifras alarmantes, aunque dudo que te interesen. Creo que no. Bueno, la situación no es del todo nueva. Había ocurrido antes, aunque no hasta este extremo, y hay dos maneras de ocuparse de ello. Una es reducir el peso de la moneda de reciente acuñación mientras mantenemos su valor nominal. Como comprenderás, esto tiene muy poco efecto inicial en el comercio interno, donde el aumento del valor del metal se compensa con la pérdida de peso. Sin embargo, en el exterior, donde el valor del metal ha permanecido estático o incluso se ha depreciado levemente debido a la abundancia, los resultados son necesariamente desastrosos. Los mercaderes extranjeros se dan cuenta en seguida de que un denario ya no contiene el valor en plata de un denario. Naturalmente, para evitar pérdidas, han de aumentar los precios, no sólo en los artículos de lujo, que no tienen importancia, sino en los más necesarios: grano, aceite, vino, lana. Si nuestros mercaderes pagan precios más altos, los precios también serán más altos en las tiendas de Roma. El denario servirá para comprar menos cosas; el pueblo quedará empobrecido. La pobreza significa malestar, algaradas y disturbios. Entretanto, los millonarios se harán aún más ricos, comprando a precios ridículamente bajos las propiedades de hombres más pobres que se han arruinado.

Claudio hizo una pausa y tosió.

—La otra manera es mejor, pero mucho más difícil. Consiste simplemente en conseguir más metal precioso con el que acuñar moneda y fabricar más dinero. Con tu ayuda, noble Paulino, eso es lo que estamos tratando de hacer.

—Sé franco, Claudio —intervino Burro—. Cuéntale al legado la historia completa.

El secretario asintió y sonrió brevemente.

—La política y las finanzas van muy unidas —dijo—. Yo intento evitar la política y me resulta muy difícil. Uno nunca sabe hasta dónde puede contar. Me lo has ordenado, prefecto.

Igual que Burro unos minutos antes, sacó repentinamente un denario y me lo puso en la mano.

—¿No es una moneda hermosa? —preguntó.

—Recién acuñada y sin usar —observé, bastante desconcertado. La hice sonar sobre la mesa—. Y perfectamente buena.

Claudio tomó la moneda y se la guardó.

—Vale poco menos de tres sestercios —dijo tristemente—. Estamos acuñando miles.

—Quieres decir que...

—Sí. Esperamos que sea una política a corto plazo. El Príncipe ha decidido rebajar las monedas para ayudarnos a superar las dificultades de los dos o tres próximos años, hasta que empiece a llegar el metal de Britania.

No había rastro de ironía en su voz. Lo miré horrorizado.

—¿Este dinero circulará por todo el mundo? ¿Vais a pagar a mis legionarios con monedas sin valor? ¿Cómo esperáis que mantenga la disciplina cuando esto se sepa?

—No del todo sin valor —protestó Claudio—. Y recuerda que las monedas tardan un tiempo en circular desde que son acuñadas. Puede que las malas tarden años en llegar a Britania, cuando nuestras finanzas ya estén saneadas y podamos retirar todo el dinero de calidad inferior.

—Bien, el Príncipe lo ha decidido —dije, tras tomar un sorbo de vino—. No podemos cambiarlo. ¿Dónde están esas minas britanas que han de restaurar nuestras fortunas?

Claudio desenrolló un mapa y lo extendió sobre la mesa. Mostraba el triángulo irregular que era la isla de Britania.

—Todos nuestros mapas de esta provincia datan de un estudio encargado por Aulo Plaucio poco después de la Conquista —dijo Burro—. Desde entonces, han sido completados por los sucesivos gobernadores. Sin embargo, tengo la sospecha de que en muchos aspectos son muy poco exactos. Es posible que te sea útil, legado, iniciar un nuevo estudio cartográfico en cuanto tus otros deberes te lo permitan.

—Se hará —dije. Una sugerencia de Burro tenía todo el peso de una orden de Nerón. Me incliné sobre el mapa, una réplica de otros que había estudiado durante la última semana. El dedo huesudo de Claudio señaló el vértice sureste del triángulo.

—Ya conoces, noble Paulino, los recursos minerales en poder del Príncipe. Aquí, al sur de Londinium, en un bosque casi impenetrable, hay mucho hierro. —Su dedo se movió a través del mapa y se detuvo

al sur del estuario del Sabrina—. Aquí hay gran cantidad de plomo, pero con un bajo contenido en plata. —El dedo viajó hasta el extremo suroeste—. Aquí hay estaño. En realidad, no controlamos estas minas. Esta península nunca ha sido conquistada; los nativos son belicosos e independientes, y no hay calzadas. Pero estas minas son famosas desde la antigüedad, y sus propietarios han comerciado durante siglos con pueblos del Mare Nostrum. No tenemos el monopolio, aunque nos venden el estaño; todo el tráfico es marítimo y abierto a mercados de todo el mundo.

—Hierro, plomo, estaño —dije—. Útiles, pero no muy emocionantes. ¿Se explotan todas las minas a pleno rendimiento?

—La producción de hierro y plomo ha estado cayendo de forma lenta pero continua durante los últimos tres años —repuso gravemente Claudio—. Ello no se debe a que el metal se haya agotado. Britania está ahora en paz. Y la paz no produce prisioneros para trabajar en las minas. La tasa de mortalidad es alta; las nuevas incorporaciones no se producen al mismo ritmo que las pérdidas, aunque hemos importado esclavos de las fronteras germanas. Mi último informe del procurador de Britania indica que hay un déficit de unos cinco mil trabajadores en las minas bajo su control. Tu predecesor, el noble Veranio Nepos, tuvo que recurrir a los trabajos forzados, lo que tengo entendido que causó considerable malestar entre la población.

Burro asintió.

—Los belgas del oeste amenazaron con sublevarse, y estaban demasiado cerca de la zona de guerra habitual contra los siluros, de modo que revocó el decreto. El procurador se puso furioso.

—En resumen —continuó Claudio—, las minas del Príncipe en Britania no funcionan a pleno rendimiento debido a la falta de mano de obra. Las otras minas, con una excepción, están más allá de nuestras fronteras en el oeste, y se encuentran entre la pequeña isla de Mona, aquí, y el estuario del Sabrina. En Mona hay cobre. En tierra firme, al este de Mona, hay más cobre y plomo. Justo pasado Viroconium, en el oeste, hay cobre y plomo. En la costa norte del estuario del Sabrina hay hierro.

Su dedo vagó de forma indeterminada por encima del país de los siluros y se detuvo en sus fronteras del norte.

—Y aquí hay oro.

Quedé sorprendido.

—Todos hemos oído rumores de que hay oro en Britania. Pero nadie, que yo sepa, lo ha encontrado.

—Hay oro —dijo Claudio firmemente—. Creemos que los depó-

sitos son pequeños y que su valor no podría compararse con el de la producción potencial de cobre y plomo más al norte. Las minas de oro, en sí mismas, no merecerían una campaña.

Se detuvo, evidentemente lamentando haber hecho una afirmación relativa a asuntos ajenos a su departamento, y se inclinó ante Burro.

—Te ruego que me perdones, prefecto. Me he limitado a repetir una opinión que tú habías expresado.

Burro tocó el mapa.

—Continúa, Claudio.

El liberto volvió a inclinarse sobre el pergamino.

—Aquí, noble Paulino, están las minas de plomo conocidas más ricas de Britania. —Su dedo descansaba entre Lindum y Viroconium—. Se encuentran en esta tierra de nadie, una zona muy boscosa y montañosa donde nuestras fronteras son inciertas, en torno a un pueblo llamado Anavio, en territorio de los cornovios. Por desgracia, también las reclama un reino vecino mucho más poderoso, conocido como Brigantia. Tenemos buenas relaciones tanto con los cornovios como con los brigantes; la disputa es puramente intertribal. Una parte del mineral llega a la provincia. El problema en este caso, según tengo entendido, es político; cómo apoderarnos de las principales minas de plomo de Anavio sin entrar en una guerra contra los brigantes en este momento.

Claudio se reclinó en la silla.

—Espero haber sido claro. ¿Hay alguna pregunta que quieras formularme, noble Paulino?

—Sólo una —contesté—. Con el Estado aparentemente al borde del caos económico, ¿a qué se debe que sólo vayamos a apoderarnos de la riqueza de una pequeña provincia para arreglar la situación? ¿Están recibiendo las mismas instrucciones los gobernadores de Hispania, Galia, África, Panonia y el resto de provincias?

—Una buena pregunta, pero de cariz político. Tal vez el prefecto...

Burro se frotó la barbilla.

—Ésta es la respuesta, legado. El Príncipe está decidido a que la paz prevalezca en sus provincias. Comprende que su política en Britania significará la guerra con toda seguridad. Y está dispuesto a aceptarlo a condición de que el resto de las provincias continúen tranquilas, lo que no sería el caso si todos los gobernadores, como tú, tuvieran que hostigar a los nativos en busca de metales preciosos. Ya tenemos una guerra entre manos en Armenia. Si hemos de tener otra, que sea lo más lejos posible, en Britania. —Burro hizo una pausa y escogió sus palabras con cuidado—. Ya oíste decir al Príncipe que llegó

a estar dispuesto a abandonar Britania. El plan puede seguir en su mente, y podría ser que lo llevara a cabo si la provincia sigue perdiendo dinero. El Príncipe, como representante del pueblo y administrador de Roma y todas sus posesiones, contempla sus responsabilidades con ojos de contable; las cosas representan ganancias o pérdidas. Britania, en este momento, representa una pérdida.

Vaciló, miró de reojo a Claudio y continuó:

—Si puedo decirlo así, no da demasiada importancia a la pérdida de prestigio que implicaría abandonar Britania. Aunque no hubiera ocurrido ningún desastre militar, el pueblo creería que nuestras tropas no habían logrado contener al enemigo. La reputación de las legiones afectadas se resentiría, y se generaría mucho descontento entre el ejército en general. Si el Príncipe tiene un defecto, es que no siempre es enteramente comprensivo con el punto de vista militar. ¿Estás de acuerdo conmigo, Claudio?

—Por completo, mi querido prefecto. —Claudio se levantó—. He dicho todo lo que tenía que decir, noble Paulino. Seguro que ahora deseáis tratar de asuntos estratégicos y políticos, de los cuales, por fortuna, soy enteramente ignorante. ¿Tengo vuestro permiso?

5

Pasé todo el día siguiente en Palacio, parte del tiempo con Burro y otra parte con sus asistentes, inspeccionando informes y despachos confidenciales relativos a las tribus y a nuestras fuerzas, y a la administración militar en Britania. En circunstancias normales, habría obtenido gran parte de esta información de mi predecesor, pero Veranio Nepos había muerto. Los despachos de Escápula, de siete años atrás, eran muy interesantes. Lamenté que él también hubiera muerto en Britania; una conversación con él hubiera sido de gran ayuda, porque además de tratar con los brigantes había iniciado un avance hacia Mona. Ambos eran proyectos que yo tendría que asumir.

Los documentos dejaban muy claro que los enemigos más problemáticos de nuestra frontera occidental eran los siluros. La Segunda Legión los contenía a duras penas desde su fortaleza de Glevum, y toda la zona era escenario de constantes ataques y escaramuzas. Hasta que aquella turbulenta tribu no fuera pacificada o destruida, no podríamos iniciar con seguridad ninguna operación en el norte, hacia Mona, donde Escápula había derrotado de forma contundente a los deceanglos, otra tribu a la que tendría que enfrentarme y que parecía tener poca aptitud para la guerra.